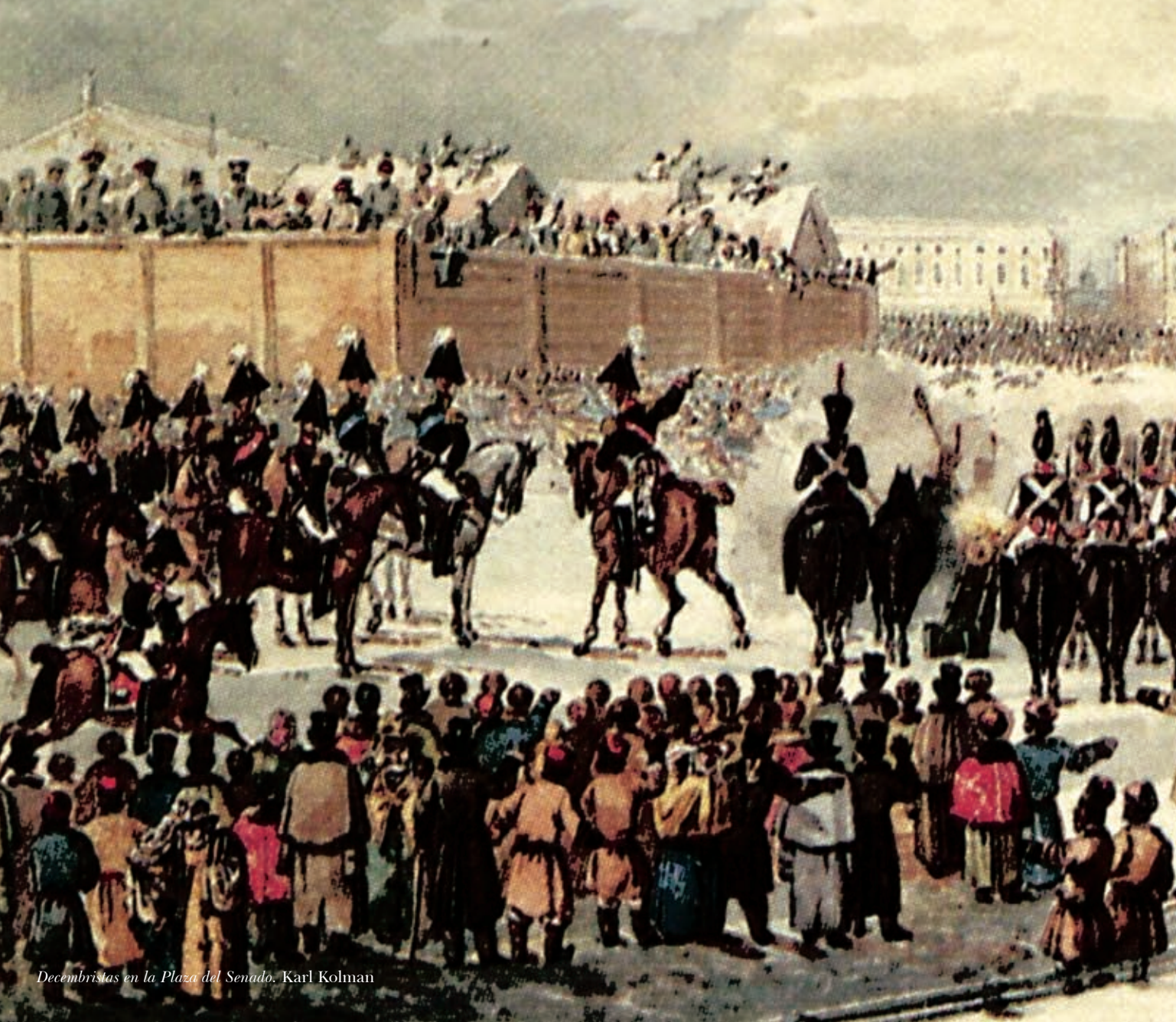


Decembristas

los primeros revolucionarios rusos

Anastassia Espinel



Decembristas en la Plaza del Senado. Karl Kolman

Rusia despertará de su sueño y sobre las ruinas de la tiranía serán grabados vuestros nombres...
Alexander Pushkin

Casi doscientos años nos separan de la Insurrección Decembrista, pero el eco de los disparos que sonaron aquel gélido día 14 de diciembre de 1825 en la Plaza del Senado frente al palacio de los zares, en pleno corazón de San Petersburgo, sigue perturbando a la sociedad rusa y encandeciendo debates entre los historiadores, sociólogos, politólogos y ciudadanos corrientes.

¿Quiénes eran en realidad los decembristas, aquel grupo de intelectuales y militares que, por primera vez en la historia rusa, desafiaron abiertamente la secular tradición absolutista? La historia fue implacable con ellos en todos los sentidos. Una vez aplastada la rebelión, la propaganda oficial zarista hizo todo lo posible para destruir o denigrar la memoria de los “rebeldes del Diciembre”, mientras todas las generaciones venideras de revolucionarios los adoraban como a los primeros “mártires de la libertad rusa”. En la época soviética el culto a los decembristas había alcanzado tal punto que sus figuras, tanto en la historiografía como en la literatura y el cine nacional, aparecen envueltas en el aura de romanticismo y santidad que los asemeja más bien a unos santos apóstoles que a los personajes reales del primer cuarto del siglo XIX, una época turbulenta, contradictoria y, en gran parte, decisiva no sólo para Rusia sino para la mayoría de los países y naciones de Europa y América.

Tras la caída del régimen totalitario y de muchos estereotipos que impedían el libre desarrollo de la ciencia histórica nacional, la nueva generación de investigadores rusos pretende analizar el fenómeno del decembrismo desde una posición más objetiva e imparcial. Un nuevo auge de interés hacia los decembristas provocó la publicación en 2005, año en que toda Rusia conmemoró el aniversario 180 de la Insurrección Decembrista, de la polémica novela de Natán Eidelman “El apóstol Sergio. La vida y obra del decembrista Sergio Muraviyov-Apóstol”, una especie de utopía social cuyo autor pretende imaginar cómo hubiera sido la vida en Rusia si los decembristas hubiesen triunfado y cumplido con todos sus propósitos.¹ Además, un nuevo enfoque más globalizado del problema permite investigar el decembrismo como parte integrante de aquel proceso revolucionario que

abarca gran parte de Europa y América desde finales del siglo XVIII hasta el primer cuarto del siglo XIX, bajo la influencia de la Revolución Francesa, e incluye el surgimiento de los Estados Unidos de Norteamérica, la revolución de Rafael de Riego en España, las guerras de independencia latinoamericanas, el movimiento de los carbonarios en Italia, el inicio de la lucha armada de los griegos y otros pueblos balcánicos contra el yugo otomano y, por lo tanto, se sale de los marcos de la problemática nacional y despierta el interés de cualquier lector aficionado a la historia.

El Estado y la sociedad rusa a comienzos del siglo XIX

Alejandro I, el primer emperador ruso del siglo XIX, era un personaje curioso y bastante contradictorio. Nació en 1777, hijo mayor de Pablo I y nieto de Catalina II la Grande, desde temprana edad, según comenta el famoso historiador V. Kliuchevski, “se vio obligado a tener dos almas, dos conciencias y dos apariencias”.² Se adaptaba con facilidad tanto a la alegre y liberal corte de su abuela, simpatizante con las ideas de la Ilustración, como al círculo de su padre, conservador nato y gran admirador del severo espíritu prusiano. Muchos de sus contemporáneos señalaban que el joven Alejandro dominaba a la perfección el arte de agradar a todos y ganar la confianza de todos, pero al mismo tiempo no confiar en nadie y nunca descubrir sus verdaderas intenciones. Años después, el mismo Napoleón Bonaparte, tras su histórico encuentro con el emperador ruso en Tilsit en 1807, caracterizó a Alejandro I de la siguiente manera: “Es inteligente, muy refinado y educado, de apariencia encantadora y mente brillante, pero no confío en él, ya que es todo un bizantino de la época de la decadencia: astuto, ágil y fingido. Confieso que es uno de los pocos hombres que me inspira miedo”.³

Semejante retrato psicológico refleja muy bien la personalidad de Alejandro I, quien en su juventud tuvo la dramática experiencia de vivir de lleno el fin de una época y el inicio de otra completamente distinta. Mientras que el reinado de Catalina II se convirtió en un auténtico siglo de oro del “absolutismo ilustrado” ruso, el estilo de gobierno de su hijo y heredero Pablo I fue totalmente opuesto al de su antecesora. El nuevo emperador elaboró su propio modelo orgánico y totalitario de una sociedad estrictamente ordenada, basada en un alto grado de militarización, una estricta censura de prensa, la abolición de todos los privile-

gios y libertades otorgados por Catalina a las amplias masas de población e incluso restricciones de viajes al extranjero con el fin de impedir la penetración al país de “nocivas ideas liberales”. Además, el mismo carácter del emperador, irascible, caprichoso e intolerante a todo tipo de crítica, inflamaba aún más la difícil situación en que se encontraba Rusia a finales del XVIII y comienzos del siglo XIX, y provocaba el descontento de la sociedad.

Añorando los liberales tiempos de Catalina, los desfavorecidos aristócratas rusos tramaban contra el odiado emperador una conspiración tras otra, por lo que una de las primeras acciones de Pablo fue encarregar a Bazhénov, uno de los mejores arquitectos rusos, edificar en San Petersburgo el grandioso castillo de San Miguel. Terminada la construcción, el emperador se apresuró a trasladarse a aquel bastión para ponerse a salvo de sus numerosos enemigos, pero los gruesos muros del castillo no lo salvaron de lo inevitable. En marzo de 1801 varios conspiradores penetraron en el escondite de Pablo y allí, en la oscura y fría humedad de un ambiente realmente terrorífico, estrangularon al desdichado emperador en su propia cama.

Existen testimonios de que Alejandro, quien en aquel entonces tenía tan sólo 24 años, no sólo estaba al corriente de la conspiración, sino que también participó de una manera activa en su preparación, tras haber recibido de sus cabecillas el juramento de no atentar contra la vida de Pablo. Al recibir la noticia sobre su muerte, Alejandro se convirtió en cómplice involuntario del asesinato de su propio padre, hecho que lo hizo sufrir por el resto de su vida, y, además, se dio cuenta de su propio desamparo ante la posibilidad de un nuevo golpe de Estado. Sin embargo, no tenía ya elección después de oír de la boca de uno de los conspiradores lo siguiente: “Ahora, nada de remordimientos ni lloriqueos; ven y gobierna”.⁴

Aquellas circunstancias trágicas lo hicieron actuar como un político prudente, flexible y cauteloso. En su *Manifiesto de entronización* Alejandro I declaró con solemnidad que gobernaría de acuerdo con el legado de su abuela Catalina II y criticó abiertamente el conservatismo excesivo de su padre. Realmente, las primeras medidas concretas del nuevo gobierno justificaron las esperanzas de la nobleza y el pueblo ruso. Se declaró la amnistía a todos los presos políticos, se abolieron las restricciones sobre la libertad de la prensa

y la importación de libros del extranjero (sobre todo de Francia) y, para gran júbilo del pueblo, se suprimió la odiosa policía secreta.⁵ Al mismo tiempo, tras haber ganado el apoyo de la guardia, el nuevo zar rechazó decididamente el punto clave del programa político de los conspiradores: una Constitución liberal, destinada a restringir el absolutismo. En vez de esto, el 30 de Marzo de 1801 aprobó la ley sobre la creación de un Consejo Indispensable, conformado por 12 miembros, todos organizadores del atentado contra Pablo I. Este órgano de carácter consultivo tenía el derecho de ofrecerle al zar sus propios proyectos legislativos, pero “no poseía mucha fuerza real ni desempeñó ningún papel práctico en la vida política”.⁶ Al parecer, no era más que una hábil maniobra de Alejandro I con el fin de hacer un compromiso con los asesinos de su padre y no provocar su descontento.

Mucho más eficiente resultó la actividad del así llamado Comité Secreto (o Íntimo), conformado por jóvenes amigos del zar, políticos de una nueva generación no involucrada en la conspiración ni en las intrigas del gobierno anterior: el conde Pablo Stróganov, primer miembro ruso del Club de los Jacobinos en París; Nicolás Novoséltzev, gran enciclopedista y administrador; Víctor Kochubey, quien a sus 30 años ya ocupaba el cargo de vicescanciller; y, finalmente, el príncipe polaco Adán Chartoryiski, “hombre honesto, insobornable y noble en todos sus hechos”. Como no era un órgano de poder oficial, sus sesiones se celebraban en la residencia privada del zar en el Palacio de Invierno y no se levantaban actas oficiales sobre sus decisiones. Sin embargo, gracias al diario personal del conde Stróganov, disponemos de unos datos curiosos sobre sus actividades.

A pesar de sus ideas liberales, todos los miembros del Comité creían en la posibilidad de transformar Rusia dentro de los marcos de un absolutismo ilimitado. Todas las reformas deberían tener un carácter pacífico, paulatino y realizarse bajo un estricto control del emperador. Por lo tanto, la tarea primordial del Comité consistió en “transformar aquella edificación vetusta y horrorosa en que se había convertido el sistema de la administración estatal”.⁷ Realmente, el sistema de colegios departamentales, introducido en Rusia por Pedro I el Grande, fue bastante eficiente para el siglo XVIII, pero se tornó anticuado en el XIX, con sus ritmos de desarrollo mucho más acelerados. Por

lo tanto, la ley sobre la reforma del poder supremo, aprobada el 8 de Septiembre de 1802, sustituyó los colegios por los ministerios: de asuntos internos, de asuntos exteriores, militar, naval, comercial, de finanzas, de educación y de justicia. Además, se instituyó la Tesorería Nacional, con derechos de ministerio independiente. Los ministerios tenían un nivel de responsabilidad y autonomía mucho más alto que los antiguos colegios; sin embargo, el Consejo de Ministros tenía un poder exclusivamente consultivo y la última palabra siempre era del zar.

Sin embargo, el problema agrario, el más urgente y complicado de la sociedad rusa, seguía sin resolverse. El mismo Alejandro I comprendía muy bien que, a pesar de todas sus reformas liberales, la mayor parte de la población rural vivía en condiciones semejantes a una verdadera esclavitud, pero al mismo tiempo señalaba que “el problema de la servidumbre debe ser tratado con prudencia extrema, con el fin de evitar el descontento de la nobleza y las expectativas demasiado grandes en el pueblo”.⁸ Para entender esta preocupación del zar, tenemos que analizar la estructura social de Rusia a comienzos del siglo XIX. Según el censo de 1801, de los 37 millones de habitantes del Imperio, tan sólo el 8.4% era población urbana; es decir, más del 90% de los súbditos de la corona rusa vivía en el campo. Aunque para el año 1825 la población creció hasta 53 millones, su estructura no sufrió cambios radicales. La urbanización era un proceso lento y la creciente colonización de nuevos territorios (las estepas de Ucrania Meridional, Crimea, el Bajo Volga, el Cáucaso, Siberia, Lejano Oriente y Alaska) se realizaba, en su mayoría, por los colonos rurales. El campesinado ruso se dividía, a su vez, en tres grupos: los campesinos señoriales, aquellos auténticos siervos de gleba (el 60% de toda la población rural); los campesinos estatales, considerados “libres habitantes rurales”, cuya dependencia del Estado se limitaba con el pago de un tributo anual; y los campesinos pertenecientes a la familia real, que ocupaban un lugar intermedio entre los dos grupos anteriores.⁹ Además, un grupo específico estaba conformado por los cosacos, agricultores libres de todos los impuestos, una especie de guardia fronteriza y verdadero apoyo del gobierno en las tierras recién anexadas.¹⁰

Tratando de evitar tanto el roce con la aristocracia como las revueltas campesinas, el 20 de febrero de



Alejandro I, el primer Emperador ruso del siglo XIX

1803 el gobierno aprobó la ley “Sobre la libertad de los labradores”, que otorgaba a los campesinos el derecho de la libertad a cambio de una paga bastante elevada y, en realidad, tuvo un significado más bien ideológico que práctico. Aunque V. Kliuchevski señala que “por primera vez en la historia rusa se manifestó el intento oficial de abolir la servidumbre”, durante todo el período del reinado de Alejandro I tan sólo el 0.5% de los siervos lograron pasar a la categoría de “labradores libres”. Los cambios radicales tuvieron lugar únicamente en las provincias bálticas, Finlandia y algunas otras regiones occidentales del país donde la servidumbre prácticamente dejó de existir. Tales marcos geográficos de la reforma campesina se explican sobre todo por la intención de Alejandro I de crear en Europa Occidental la imagen de una Rusia liberal.

Los acontecimientos de los años 1812 a 1815 relegaron todos los problemas internos a un segundo plano ante la amenaza de la invasión napoleónica. Como se sabe, la campaña rusa se convirtió en un verdadero “principio del fin” para Napoleón; al triunfar en aquella guerra, Rusia aumentó considerablemente su prestigio internacional, pero, al mismo tiempo, no sufrió la influencia de las reformas liberales

francesas. La guerra de 1812 y la posterior campaña europea del ejército ruso en 1813-1815 causaron toda una exaltación patriótica dentro de la sociedad rusa y despertaron las esperanzas de nuevas reformas democrático-liberales que jamás se hicieron realidad. El soldado ruso, el salvador de su propio país y liberador de Europa, regresó a casa para caer nuevamente a la servidumbre.

Contrario a las expectativas de la sociedad, Alejandro I aprovechó la guerra para fortalecer aún más su poder personal, considerando el absolutismo como la clave de la consolidación nacional y la restauración de la economía seriamente afectada por la guerra. Como consecuencia, la política de Alejandro I durante la última década de su reinado (1815-1825) se caracterizó por una drástica reducción de todas las reformas anteriores y el desenfreno en la reacción. El ideólogo principal de aquel nuevo rumbo político era el jefe del departamento militar Alexei Arakchéyev (1769-1834), quien, con el fin de reorganizar el mantenimiento y reclutamiento del ejército propuso el proyecto de las así llamadas “colonias militares”. En este nuevo tipo de asentamientos, los campesinos, transferidos a la categoría de “colonos militares”, tenían que combinar el servicio militar con los trabajos de campo. De tal forma, el gobierno pretendía rebajar los gastos militares que en el año 1816 consumían casi la mitad del presupuesto nacional, sin necesidad de disminuir el número de sus efectivos, ya que la situación internacional, bastante complicada incluso después de la derrota de Napoleón, no se lo permitía. Se suponía que los “colonos militares” se autoabastecerían de alimentos, forraje y todo lo necesario, reduciendo considerablemente el costo del ejército.

Bajo la inspección personal de Arakchéyev, distritos enteros de Rusia fueron transformados en “colonias militares”, pero los efectos de semejante política resultaron desastrosos. Al convertirse en “colonos militares”, los campesinos formalmente se liberaban de la servidumbre, pero en realidad caían en una esclavitud aún peor. La vida cotidiana de un “colono militar” estaba estrictamente reglamentada, ya que se le prohibían todos los oficios (comercio, artesanías, etc.) salvo los trabajos agrícolas y ejercicios militares e incluso cualquier contacto con el mundo exterior. La disciplina de hierro y crueles castigos por cualquier error destruían la dignidad del pueblo e impedían el

progreso. Semejante política convirtió a Arakchéyev en una de las figuras más odiadas de la historia rusa y su nombre incluso ahora se utiliza en Rusia como sinónimo de un político ultraconservador y militarista.

El pueblo no tardó en mostrar su descontento ante la política de Arakchéyev. Durante el primer cuarto del siglo XIX tuvieron lugar aproximadamente 280 revueltas campesinas; la más encarnizada de todas, la insurrección a orillas del río Don, duró de 1818 a 1820 y pudo ser aplastada sólo con la ayuda de tropas regulares.

Mientras tanto, el mismo soberano abandonó definitivamente las ideas liberales de su juventud, tratando de retornar a la imagen tradicional de Rusia como un “bastión de la fe cristiana”, oponiendo los dogmas religiosos a las ideas de la Revolución Francesa, identificando a Napoleón con el anticristo y atribuyendo la victoria rusa a la intervención de las fuerzas divinas. La vida personal de Alejandro I —numerosas discordias con su esposa, la emperatriz Isabel, y la muerte de sus dos hijas pequeñas— también contribuyó al abatimiento del espíritu del soberano y a su creciente aislamiento en el misticismo religioso.

Como resultado, se produjo una ruptura definitiva entre el Estado y la sociedad rusa. Los partidarios de la democracia y la modernización, en su mayoría jóvenes intelectuales y oficiales del ejército, perdieron todas sus esperanzas de transformar la sociedad dentro de los marcos legítimos y trataron de acabar con el absolutismo por medio de la lucha armada, dando inicio al decembrismo: el primer movimiento revolucionario ruso.

Las sociedades secretas

La mayoría de los futuros participantes de la rebelión decembrista pertenecían a la nobleza liberal, con sus ideales de la democracia y libertad; casi todos ellos participaron en la guerra contra Napoleón y eran muy jóvenes (su edad promedio no superaba los 32 años). “Todos éramos hijos del año 1812 —escribía en sus memorias el decembrista Matvey Muraviov-Apóstol—. Estábamos dispuestos a sacrificar todo, incluso la misma vida, por el amor a nuestra Patria. Todo lo que vimos en Rusia después de regresar de los campos de batalla europeos, la pobreza y la humillación extrema del pueblo vencedor, ofendió profundamente nuestros sentimientos patrióticos”.¹¹

Las primeras sociedades secretas surgieron en Rusia en los años 1814 y 1815 (la Unión de los Caballeros Rusos, la Alianza Sagrada, la Sociedad de los Hijos Fieles de la Patria, etc.). Al principio, eran unos movimientos dispersos y aislados, pero todos sus miembros coincidían en la opinión de que la sociedad rusa no podía seguir bajo el régimen del absolutismo y la servidumbre. En marzo de 1816, en San Petersburgo, surgió una organización más centralizada, la Unión de la Salvación, encabezada por los oficiales de la guardia Sergio Muraviov-Apóstol y Sergio Trubetzkoi, pero la ausencia de un programa único y la disparidad de opiniones entre sus integrantes en cuanto al futuro de Rusia contribuyeron a su rápida desintegración. Su sucesora, la Unión de la Prosperidad, surgida en 1818, actuaba no sólo en San Petersburgo sino también en Moscú y otras ciudades rusas. Inicialmente, su objetivo principal consistía en la “educación moral del pueblo y ayuda al gobierno en sus reformas pacíficas”,¹² pero luego, con el crecimiento del descontento popular, predominaron las ideas de una confrontación abierta con el absolutismo. Finalmente, en enero de 1821, la Unión de la Prosperidad fue organizada y, tras la expulsión de sus filas de algunos elementos titubeantes, se dividió en la Sociedad del Sur, que actuaba principalmente en Ucrania y algunas provincias meridionales de Rusia, y la Sociedad del Norte con sede en San Petersburgo.

Al principio, los programas de ambas Sociedades se diferenciaban considerablemente. El líder de la Sociedad del Sur, Pablo Péstel (1793-1826), hombre sumamente instruido y talentoso estratega, era un gran admirador de las ideas de la Revolución Francesa y un partidario ferviente del régimen republicano; fue caracterizado por su amigo cercano, el gran poeta ruso Alexander Pushkin, como “una persona brillante en todos los sentidos, una de las mentes más originales que jamás he conocido”.¹³ Péstel no admitía ningún compromiso con el absolutismo, considerando que la única forma de liberar el pueblo ruso “de la servidumbre y la humillación” era la lucha armada; es decir, un golpe militar con la abdicación obligatoria del zar. En caso de que el monarca se negara a ceder el poder voluntariamente, no excluía la posibilidad del magnicidio.

En 1824, la Sociedad del Sur aprobó el texto de la “Verdad Rusa”: el programa básico propuesto por

Péstel que exponía las medidas necesarias para transformar Rusia en una república. La revolución, según opinaba Péstel, debería durar unos 10 a 15 años, período durante el cual todo el poder supremo pertenecería al Gobierno Provisional Supremo. Posteriormente, este último entregaría el poder al así llamado Vieche Popular, especie de parlamento o asamblea que se elegiría por medio de una votación libre en la que participaría toda la población masculina de Rusia, independientemente de su pertinencia social o posición económica, por un período de 5 años. Todo el sistema de privilegios para la nobleza sería suprimido y proclamada la igualdad incondicional de todos los ciudadanos ante la ley. La servidumbre se aboliría; los terratenientes podrían conservar sus terrenos tras haber pagado un determinado impuesto o vender parte de sus dominios al Estado. Las tierras estatales se distribuirían entre los campesinos liberados y otros ciudadanos dispuestos a dedicarse a las labores agrícolas. Además, se proclamaría la libertad religiosa, lo que suponía la separación entre el Estado y la Iglesia y la pérdida por la Iglesia Ortodoxa Rusa de todos sus privilegios.

La mayoría de los miembros de la Sociedad del Norte no apoyaba inicialmente el radicalismo de los partidarios de Péstel; en una ocasión, Muraviov-Apóstol incluso los llamó “perros rabiosos”.¹⁴ Su programa fue expuesto en el “Proyecto Constitucional” de Muraviov-Apóstol, según el cual Rusia debería transformarse en una monarquía constitucional, ya que “cualquier idea republicana sería antinatural para el pueblo ruso, acostumbrado a confiar en la bondad de su zar padrecito”.¹⁵ No obstante, la nueva Constitución convertía al soberano en una figura meramente decorativa, otorgando toda la plenitud del poder legislativo al Vieche Popular, que se elegiría cada 6 años, y el poder judicial al Juzgado Supremo. Todo el territorio de Rusia se dividiría en 15 “potencias” con un alto nivel de autonomía y su propio gobierno, el Vieche Regional, que ejercía el poder ejecutivo, legislativo y judicial en el territorio de su “potencia” y, a su vez, estaba subordinado al Vieche Popular y al Juzgado Supremo (resulta curioso que el modelo estatal de Muraviov-Apóstol refleja en muchos de sus aspectos a la actual Comunidad de Estados Soberanos, el nuevo Estado federal surgido en 1991, tras la caída de la Unión Soviética). La familia real, la

Iglesia Ortodoxa y la alta nobleza conservaban todos sus bienes y privilegios, pero la servidumbre de gleba se abolía y las tierras del fondo estatal se distribuían gratuitamente entre los campesinos liberados.

Sin embargo, muchos miembros de la Sociedad del Norte consideraban semejante programa como “limitada y conformista”. Con el paso de tiempo, dentro de la organización creció la influencia de los elementos más radicales, encabezados por el poeta-romántico Kondrati Riléyev, partidario del régimen republicano y de la lucha armada contra el absolutismo, autor de brillantes versos satíricos dirigidos contra Arakchéyev y otros ministros reaccionarios de Alejandro I. “¿Hasta cuándo el pueblo ruso será el siervo de los intrusos?”,¹⁶ así comienza uno de sus panfletos más famosos, convertido con el tiempo en una canción popular.

El auge de la actividad de las organizaciones secretas tuvo lugar en 1824-1825, mientras se realizaba la preparación de la insurrección armada y se buscaba la concordancia de los programas políticos de ambas sociedades. Las filas de los revolucionarios se triplicaron cuando en el verano de 1825 a la Sociedad del Sur se le unió la Sociedad de los Eslavos Unidos, organización secreta surgida en 1818, cuyo objetivo final consistía en la creación de una poderosa república federativa de todos los pueblos eslavos. Para enero de 1826 se planteaba convocar el congreso nacional en que participarían ambas Sociedades y para el verano del mismo año el golpe de Estado.

En mayo de 1825, Alejandro I recibió una denuncia anónima sobre “elementos peligrosos” en el ejército nacional y sus planes de tomar el poder, pero, en lugar de tomar medidas represivas, el soberano se limitó a decir las siguientes palabras: “No quiero pasar a la historia como su verdugo. Si alguien va a ejecutarlos, no seré yo”.

En aquel entonces, nadie sospechó que las palabras del zar eran proféticas.

El trágico diciembre y sus consecuencias

En noviembre de 1825, durante su visita de inspección a las provincias meridionales de Rusia, Alejandro I murió repentinamente en Taganrog a causa de una fiebre maligna. El fallecimiento inesperado del soberano provocó una gran confusión en el asunto de la sucesión, ya que, tras la muerte prematura de las dos hijas de Alejandro, el heredero oficial de la corona

rusa era su hermano Constantino, el segundo de los tres hijos varones de Pablo I. Sin embargo, el mismo Constantino jamás aspiró al trono de Rusia, afirmando que no le gustaría terminar algún día estrangulado igual que su padre. Entonces, Alejandro cambió su testamento político a favor de su otro hermano, el joven Nicolás, pero jamás lo promulgó oficialmente y lo mantuvo en secreto, incluso ante sus propios hermanos. Aquel documento, llamado el Manifiesto Secreto, se guardaba en la Catedral de la Asunción del Kremlin, bajo custodia de los amigos más íntimos de Alejandro, quienes tampoco conocían su contenido, ya que habían prestado el juramento de destapar el sobre sólo después de la muerte del soberano.

Sin saber nada sobre el nombramiento de Nicolás, todos los ministros y las fuerzas armadas juraron fidelidad a Constantino, que en aquel momento se encontraba lejos de la capital, en Varsovia, y, por tanto, no pudo anunciar oportunamente su renuncia. La carta oficial de Constantino que confirmaba su abdicación a favor de Nicolás llegó a San Petersburgo sólo el día 12 de diciembre de 1825, por lo que la coronación del nuevo emperador Nicolás I se pospuso hasta 14 de diciembre. De tal modo, Rusia vivió un breve período de interregno; momento que los conspiradores consideraron sumamente oportuno para tomar el poder.

Por otro lado, el futuro zar Nicolás, a diferencia de su antecesor, no se mostró indiferente ante las denuncias por lo que dio la orden personal de detener a varios oficiales involucrados en la actividad de sociedades secretas. El 13 de diciembre fueron arrestados Péstel y algunos otros miembros de la Sociedad del Sur, hecho que impulsó a otros dirigentes revolucionarios a no esperar más y actuar inmediatamente. Ese mismo día se convocó la sesión extraordinaria de la Sociedad del Norte en San Petersburgo, en el apartamento de Riléyev, donde fue aprobado el plan definitivo del golpe de Estado. El príncipe Sergio Trubetzkoï, coronel de la guardia, héroe de varias campañas europeas y hombre sumamente popular entre los soldados, tenía que conducir sus destacamentos a la Plaza del Senado frente al Palacio de Invierno para impedirle al resto del ejército prestar el juramento a Nicolás y, de una vez, anunciar la abolición de la monarquía y de la servidumbre. El poder pasaría inmediatamente a un gobierno provisional, la familia real debería ser arrestada y Nicolás ejecutado.

Sin embargo, el plan fracasó desde un comienzo. El coronel A.I. Yakobóvich, comandante del regimiento Izmáilovski, quien tenía que realizar la toma del Palacio de Invierno y el arresto de la familia real, se negó a cumplir aquella misión por el miedo ante la perspectiva de pasar a la historia como regicida. Como consecuencia, a la Plaza del Senado acudió únicamente el regimiento Moskovski junto con algunos destacamentos de los granaderos y los marinos de la armada imperial; en total, sólo tres mil soldados comandados por treinta oficiales. Mientras Nicolás I concentraba en el centro de la capital las tropas fieles al gobierno,



Nicolas I, emperador de Rusia 1796-1855

el general Milorádovich se dirigió a los rebeldes con un discurso, exigiendo a los oficiales despejar la plaza inmediatamente, y fue herido de muerte por el disparo del decembrista P. G. Kajovski. Era preciso cambiar los planes, pero Trubetzkoï se mostró indeciso y no se presentó en la Plaza del Senado. Los decembristas eligieron rápidamente a un nuevo dirigente, el príncipe Obolenski, pero su tiempo ya se había perdido. Tras unos infructuosos ataques de caballería, Nicolás I ordenó sacar los cañones a la plaza y dispersar la tropa rebelde con metralla. En total, fueron asesinadas 1271 personas; la mayoría de las víctimas (unas 950)

eran civiles, simples curiosos que acudieron a la plaza creyendo que se trataba de un desfile militar.

El 29 de diciembre, S. Muraviov-Apóstol y M. Bestúzhev-Riumin lograron sublevar el regimiento Chernígovski en el poblado Trilesy al sur del país, pero Nicolás I no tardó en enviar contra los rebeldes un gran contingente de tropas gubernamentales. El 3 de enero de 1826 el regimiento Chernígovski se rindió.

Aplastado aquel último foco de la rebelión, el nuevo emperador inició personalmente el proceso sobre los 579 oficiales involucrados en la conspiración, 280 de los cuales fueron declarados culpables “en el asesinato del general-gobernador Milorádovich y otros representantes del Estado y la inspiración de desorden público con numerosas víctimas inocentes”.¹⁷ La sentencia propuesta inicialmente por Nicolás I era realmente aterradora: el descuartizamiento para los 5 dirigentes principales (P. Péstel, K. Riléyev, SIGLO Muraviov-Apóstol, M. Bestúzhev-Riumin y P. Kajovski); la decapitación para otros 31; la “muerte política” para 17 (lo que en realidad significaba la cadena perpetua sin ningún contacto con el mundo exterior ni con otros presos); trabajos forzados vitalicios para 16; trabajos forzados por 5 a 15 años para 20; el exilio perpetuo en Siberia para 18 y todos los demás a la privación de sus privilegios, títulos y “degradación a simples soldados”.¹⁸

“La revolución está en las mismas puertas de Rusia, pero juro que jamás penetrará en mi país mientras yo esté vivo”,¹⁹ así justificó su sentencia el mismo Nicolás I. Con su entronización, Rusia entró en una nueva etapa de su historia, los treinta largos años (1825-1855) del reinado de un soberano apodado por sus contemporáneos “el zar-gendarme”, apogeo del absolutismo y la servidumbre, del oscurantismo y la reacción. No obstante, incluso el implacable “zar-gendarme”, bajo la presión de la opinión pública, de los numerosos familiares de los decembristas condenados e incluso de algunos de sus propios consejeros, se vio obligado a atenuar la sentencia inicial. El 10 de julio de 1826, tras haber revisado el caso de los decembristas, Nicolás I aprobó el decreto según el cual la pena de muerte fue confirmada tan sólo para los cinco dirigentes principales de la revuelta y, además, sustituyó el descuartizamiento, “ejecución demasiado cruel y, además, inadmisibles para nuestra época”, por el ahorcamiento.

Según el testimonio de uno de los carceleros, los cinco decembristas condenados a la muerte se comportaron “con envidiable entereza y valor”, sobre todo Péstel, quien no dejaba de animar a sus compañeros y pasó la última noche antes de la ejecución redactando una carta a su padre que termina con las siguientes palabras: “Debería haber entendido antes que el fracaso de nuestra causa era inevitable... podría haber salido de las filas de los conspiradores antes de este día fatal, no participar en la conspiración... pero no me lo permitió mi deber de patriota y oficial ruso.”²⁰ Al amanecer del día siguiente, cuando los cinco condenados fueron llevados al cadalso, Péstel intentó bromear en las mismas puertas de la muerte: “¿Por qué nos ofrecen una simple horca? Casi todos somos hombres acostumbrados a la guerra y a los disparos. ¿Acaso nuestro nuevo zar es tan avaro que no nos quiere regalar unas cuantas balas?”. El poeta Riléyev comenzó a declamar su último poema, dirigido contra la servidumbre y la opresión, y se negó a callar incluso después de que el verdugo le hubo echado la soga al cuello. Uno de los testigos del suplicio afirma que sólo Péstel y Riléyev tuvieron una muerte rápida e indolora; los otros tres condenados —Muraviyov-Apóstol, Bestúzhev-Riumin y Kajovski— se desprendieron de sus sogas y cayeron al suelo “entre estertores y convulsiones”. Entre los soldados de la escolta corrió el rumor de que era una señal de Dios, quien se oponía a la ejecución de estos tres hombres, pero Nicolás I se mostró implacable. Por orden suya, las sogas defectuosas fueron sustituidas inmediatamente y la sentencia se completó.

Los demás decembristas fueron condenados al exilio, a trabajos forzosos en Siberia o al servicio en los regimientos fronterizos del Cáucaso, para luchar contra los rebeldes pueblos nativos. La mayoría de aquellos primeros revolucionarios rusos terminaron sus días en las escaramuzas fronterizas o en las minas siberianas, consumidos por el frío, enfermedades o trabajos agotadores. Los supervivientes obtuvieron la libertad y volvieron a sus hogares tan sólo después de la muerte del “zar-gendarme” Nicolás I, cuyo hijo y heredero, Alejandro II, declaró en su Manifiesto de Coronación del 26 de agosto de 1856 la amnistía a todos los presos políticos involucrados en los acontecimientos del trágico y ya lejano diciembre de 1825. El nuevo soberano ruso consideraba que todos aquellos hombres prematuramente envejecidos y extenuados

por el largo castigo ya no presentaban ningún peligro para la sociedad, pero estaba equivocado.

Nuestro sacrificio no será en vano,
De la chispa brotará la llama...

Así comienza el famoso poema escrito en el exilio por el decembrista Odoyevski, que no tardó en convertirse en la consigna de todos los revolucionarios y librepensadores rusos de generaciones posteriores. De regreso a San Petersburgo, todos los decembristas liberados fueron recibidos por una multitud de intelectuales progresistas como héroes nacionales y, según informa un testigo de aquel histórico acontecimiento, ni siquiera los retenes de policía previamente ubicados en todas las esquinas para controlar la situación “pudieron impedir al pueblo honrar a aquellos hombres que, aunque canosos y agobiados bajo el peso de los años, aún conservaban el fuego de la juventud en sus miradas y sus palabras”.²¹

¿Qué rastro dejaron los decembristas en la historia rusa? Según Kliuchevski, “son importantes no como una sociedad clandestina, sino como la primera manifestación del síndrome de una nueva moral social que dejó al descubierto numerosos vicios del absolutismo y de la realidad rusa que no podían seguir disimulados”.²² Su debilidad principal consistió en su aislamiento total de las masas populares, ya que el pueblo ruso aún no estaba preparado para la revolución, no se atrevía a emplear métodos radicales y seguía creyendo en el hermoso cuento sobre el justo y piadoso “zar-padrecito”. Pero con el paso de los años y la creciente decepción de la sociedad rusa ante los ideales monárquicos, de la chispa que sembró este grupo de jóvenes militares en diciembre de 1825, nació la llama de todos los movimientos revolucionarios posteriores, cuya culminación, sin duda, fue la Revolución Bolchevique de octubre de 1917 y la caída definitiva del milenario absolutismo ruso. ■

Anastassia Espinel Souares (Rusia)

Egresada de la Universidad de la Amistad de los Pueblos de Rusia. Ph.D. en ciencias históricas. Desde 1998 reside en Bucaramanga donde se desempeña como docente de la Universidad Industrial de Santander (UIS) y de la Universidad de Santander (UDES). Ha publicado varios artículos sobre los temas históricos en diferentes revistas internacionales como: *América Latina* del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia, *Problemas filosóficos* (Mos-

cú, Rusia) *Revista de la Universidad de Antioquia*. Autora de los libros: *Sol de Libia* (2002), *Masinisa león del Atlas* (2003), *El hombre de las flores* (2005), *Catalina II, la gran leyenda de Rusia* (2005), *Auca sin nombre* (segunda edición 2006), *Cuentos de los vencidos* (2007), *Héroes y leyendas de la Antigua Rusia* (2008), *El Mundo Antiguo: misterios, enigmas, hipótesis* (2009).

Notas bibliográficas

- 1 Eidelman Natán Iákovlevich. “El fantástico año 1826”. En: *Revista Vokrug Sveta* (Vuelta al Mundo), N.º 12, Moscú, diciembre 2005, pp. 206-208 (en ruso).
- 2 Kliuchevski Vasili Osipovich. *Conferencias sobre la historia rusa, dictadas en los Cursos Superiores Femeninos en 1872-1875*. Moscú: Progreso, 1997, p. 499 (en ruso).
- 3 *Ibid.*, p. 501.
- 4 *Ibid.*, p. 505.
- 5 Especie de policía política que existió en Rusia durante el reinado de Pablo I (1796-1801), con el fin de impedir la penetración de ideas peligrosas, relacionadas especialmente con la Revolución Francesa. En realidad, se dedicaba al espionaje político. Cualquier ciudadano que mostraba el menor descontento con la política oficial podría ser detenido y encarcelado.
- 6 Zuev Mijail Nikoláevich. *Rusia en la época de Alejandro I*. Moscú: Vysshaya Shkola, 2000, p. 222 (en ruso).
- 7 Stróganov Pável Aleksandrovich. “El Diario”. En: *Memorias políticas rusas*. Moscú: Mysl, 2005, p. 134 (en ruso).
- 8 Jachaturian Vladimir Mijáilovich. *Los caminos triunfales del capitalismo: Europa, Rusia, Norteamérica*. Moscú: Drofa, 1997, p. 302 (en ruso).
- 9 *Ibid.*, p. 310.
- 10 Sobre el origen y los rasgos distintivos de los cosacos, véase: *Revista Universidad de Antioquia*, N.º 282 octubre-diciembre 2005, pp. 82-92.
- 11 Muraviyov-Apóstol Matvei Ivánovich. *Las memorias de un decembrista*. San Petersburgo: Russkiy Arjiv (“el Archivo Ruso”), 1882, p. 34 (en ruso).
- 12 *Ibid.*, p. 58.
- 13 Pushkin Alexander. *Memorias*. Moscú: Mysl, 1979, p.113. (en ruso)
- 14 Muraviyov-Apóstol Matvei Ivanovich. Op. cit., p.54.
- 15 *Ibid.*, p. 67.
- 16 *Poesía satírica rusa del siglo XIX*. Moscú: Sovremennyi Literator, 1987, p. 36 (en ruso).
- 17 Trubetzkoi Serguey Petróvich. *Apuntes de un decembrista*. San-Petersburgo: Russki Arjiv (“el Archivo Ruso”), 1863, p. 35 (en ruso).
- 18 *Ibid.*, p. 36.
- 19 Zuev Mijail Nikoláevich. Mijail Nikoláevich. *El régimen absolutista de Nicolás I (1825-1855)*. Moscú: Vysshaya Shkola, 2001, p. 14. (en ruso).
- 20 *La última carta de P. Péstel*. San-Petersburgo: Russki Arjiv (“el Archivo Ruso”), 1863, p. 15 (en ruso).
- 21 Trubetzkoi, Op. cit., p. 87.
- 22 Kliuchevski, Op. cit., p. 511.



Placa del Monumento a los Decembristas, San Petersburgo, Rusia
Fotografía: Mark A. Wilson